

ANTONIO CASTELLOTE

Cabecero

No hay muchos árboles que sean más hermosos desnudos que con hojas. Las hayas, por ejemplo, ocupan en nuestro imaginario el sitio de las ramas dactilares, de los bosques con ojos. La selva de **Irati** es tan espectacular cuando las hojas cambian de color como cuando ya están todas en el suelo. A las hayas tentaculares de los cuentos siguen castaños desdibujados en una niebla de ramones grises, con esa rugosidad blanquecina de las cortezas que les aporta un aire casi místico de fragilidad.

También estarían entre los más hermosos los álamos desnudos, sus flamas frías, sus porte gótico esquemático, de no haber sido por el prestigio machadiano de los álamos dorados. Sin embargo, la familia de los chopos, desnuda, es mucho más impresionante si se trata de árboles trasmochos, de chopos cabeceros, como muy oportunamente

nos recuerda **Chabier de Jaime Lorén**, una autoridad en la materia.

En otras zonas más conscientes de sus encantos, el árbol trasmochos es una institución de la naturaleza civilizada, y no me refiero a los mondadores de plátanos, tan castellanos, sino a los trasmochos del **País Vasco** y de **Navarra**, protegidos como un dolmen que estuviera vivo. Lorén no desaprovecha las oportunidades de recordarnos que en **Teruel** viven importantes bosques de cabeceros que se están abandonando por la falta de uso y por la ignorancia correspondiente. Es decir, lo que un padre cuida porque le interesa (madera para las vigas y para las judías, para los cestos y para carbón), el hijo lo abandona porque no lo necesita,

salvo que su recuerdo empiece a serle rentable, claro.

El cabecero es, además, un símbolo muy rico. Es brutalmente podado pero vive más que los que no se podan. No crece mucho pero genera troncos mucho más robustos. No está pensado para el disfrute (los hombres lo escamondan y las cabras lo ramonean) pero esos viejos muñones erizados de ramas tiernas consiguen un dramatismo como de labradores viejos, cargados de hombros, las falanges nudosas, la tez labrada, el pelo tieso. En cualquier caso, nos impresiona como versión pequeña de un árbol gigantesco, o como versión gigante de un arbusto pequeño. Su tamaño está humanizado, pero al mismo tiempo choca con las proporciones que acostumbramos a ver. En ese desajuste creo yo que se ve su aspecto de culto basto y pagano, su imponente condición estética.